LA BROMA Y OTROS CUENTOS INOLVIDABLES ANTÓN CHÉJOV



Antón Chéjov



Antón Chéjov

La broma y otros cuentos inolvidables



Antón Chéjov

Antón Pávlovich Chéjov nació en Tangarog, Rusia, el 29 de enero de 1860. Es considerado uno de los grandes clásicos de la literatura universal. Perteneció a la corriente más psicológica del realismo: el naturalismo.

En 1884, trabajó como ayudante en un hospital. De esa época datan sus primeros dramas como *Ivánov*. En 1887, ganó el Premio Pushkin gracias a la colección de relatos cortos *Al anochecer*. Su nueva colección, *La estepa* (1888), fue igualmente bien acogida. Algunas de sus obras más conocidas son *La dama del perrito* (1899), *El pabellón número 6* (1892) y *La cigarra* (1892). En los últimos años de vida, escribió sus obras de teatro más reconocidas: *Tío Vania* (1899-1900), *Las tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904).

Enfermo durante años y tras recorrer varios sanatorios, fallece en Alemania el 15 de julio de 1904.

La broma y otros cuentos inolvidables
Antón Chéjov

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

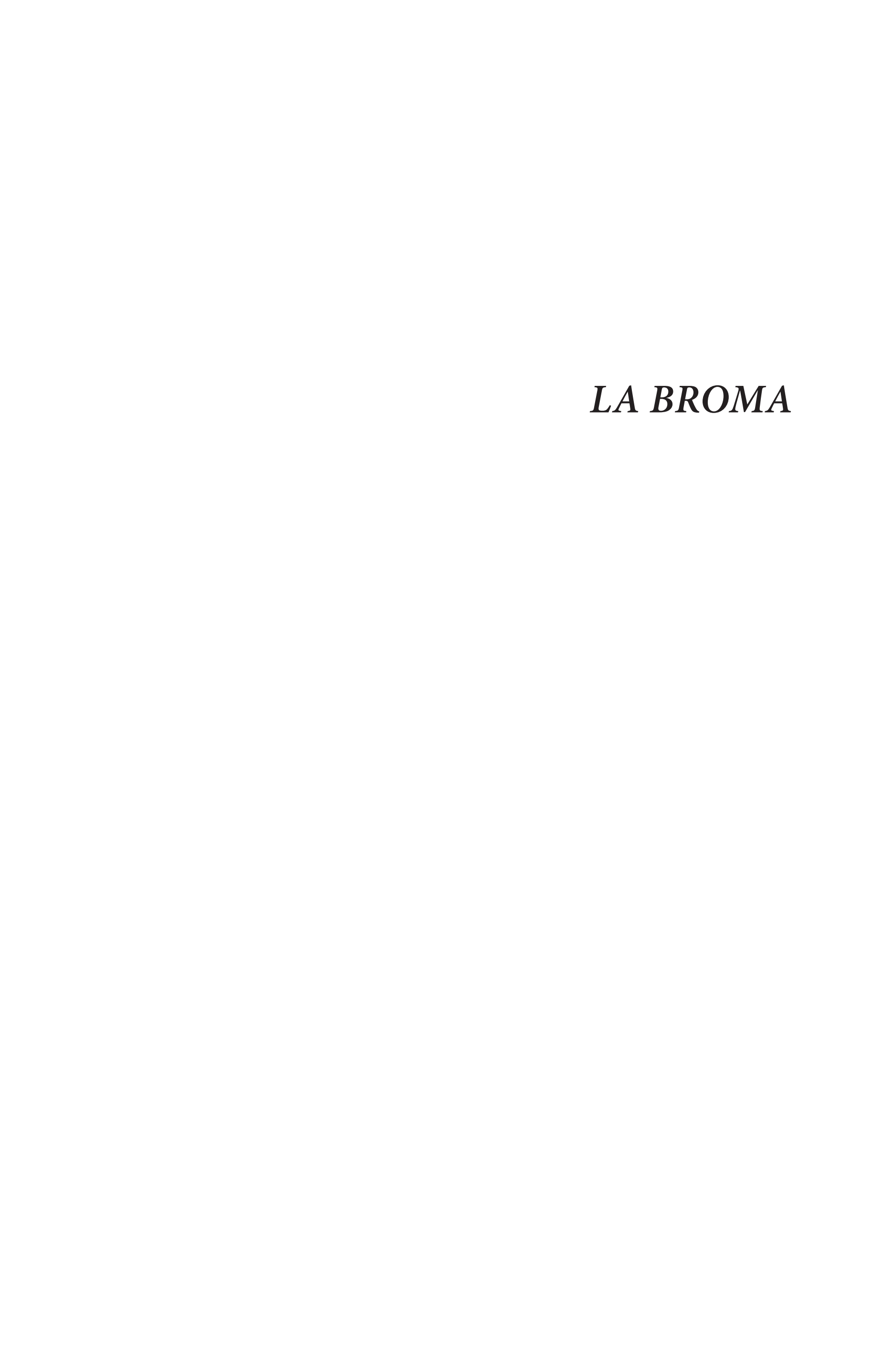
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA BROMA

Un claro mediodía de invierno… Hace mucho frío, el hielo cruje y a Nádienka, que va conmigo del brazo, se le cubren de escarcha plateada los rizos de la sien y el vello sobre el labio superior. Estamos en la cima de una colina. Desde nuestros pies hasta la tierra llana se extiende una ladera cubierta de nieve, en la que el sol se mira como en un espejo. Junto a nosotros hay un pequeño trineo cubierto con un paño rojo.

—¡Bajemos, Nádienka Petrovna! —le suplico—. ¡Solo una vez! Le aseguro que no nos pasará nada.

Pero Nádienka tiene miedo. Todo el espacio que existe entre sus pequeños chanclos y el pie de la ladera helada le parece un terrible abismo sin fondo. Se desanima y se le corta la respiración cuando mira hacia abajo, cuando le propongo montar en el trineo. ¿Qué pasará si se arriesga a volar hacia el abismo? Se morirá, se volverá loca.

—¡Se lo suplico! —insisto—. ¡No hay que tener miedo! ¡Vamos, no sea cobarde!

Nádienka cede por fin y por la cara que pone veo que teme por su vida. La coloco en el trineo. Está pálida y tiembla. La sujeto de la cintura y nos lanzamos al abismo.

El trineo va como una bala. Un viento helado nos golpea en la cara, ruge, silba en los oídos, corta, nos pincha con rabia y dolor, quiere arrancamos la cabeza de los hombros. La presión del aire nos impide respirar. Parece como si el diablo nos hubiera atrapado con sus zarpas y con un rugido nos arrastrara hasta el infierno.

Todos los objetos que nos rodean se funden en una larga línea que se desplaza vertiginosamente… ¡Un instante más y parece que vamos a morir!

—¡La amo, Nadia! —digo a media voz.

El trineo corre cada vez más despacio, el aire ya no corta y el chirrido de los patines ya no es tan terrible, la respiración se hace fluida y, por fin, llegamos abajo.

Nádienka está pálida, más muerta que viva, apenas si respira… La ayudo a ponerse en pie.

—¡Por nada del mundo volvería a montar! —dice, mirándome con los ojos desorbitados, llenos de terror—. ¡Por nada del mundo! ¡Casi me muero!

Un poco después se repone y me interroga con la mirada. «¿He dicho esas tres palabras o solo las ha oído en el rumor del viento?». Yo permanezco a su lado, fumo y examino mis guantes.

Me coge del brazo y damos un largo paseo al pie de la ladera. Por lo visto, el enigma no la deja en paz. ¿Ha dicho esas palabras? ¿Sí o no? ¿Sí o no? Es una cuestión de amor propio, de honor, de felicidad, una cuestión muy importante, vital, la cuestión más importante del mundo. Nádienka, impaciente, triste, me mira inquisitivamente a la cara; responde intempestivamente, espera a que yo diga algo.

¡Oh, qué juego de gestos hay en ese bonito rostro! ¡Qué juego! Veo que lucha consigo misma, que necesita decir algo, preguntar algo, pero que no encuentra las palabras, se siente incómoda, tiene miedo, la alegría se lo impide…

—¿Sabe una cosa? —dice sin mirarme.

—¿Qué?

—¡Vamos a tirarnos…! ¡Otra vez!

Subimos por la escalera a la cima. De nuevo coloco en el trineo a la pálida y temblorosa Nádienka; de nuevo volamos hacia el terrible abismo; de nuevo ruge el viento y chirrían los patines; y de nuevo, en el momento más fuerte y ruidoso del descenso, le digo a media voz:

—¡La amo, Nadia!

Cuando el trineo se detiene, Nádienka abarca con la mirada la ladera por la que acabamos de bajar, luego me mira fijamente a la cara, escucha mi voz, indiferente y desapasionada, y toda su figura, incluso su manguito y su capuchón, expresa la mayor perplejidad. En su rostro está escrito:

«¿Qué es esto? ¿Quién ha pronunciado esas palabras? ¿Ha sido él o es que solo me ha parecido oírlas?».

Esa incertidumbre le inquieta e impacienta. La pobre muchacha no contesta a mis preguntas, frunce el ceño, está a punto de romper a llorar.

—¿No deberíamos regresar? —le pregunto.

—A mí… a mí me gusta montar en trineo —me dice, ruborizándose—. ¿Y si bajamos otra vez más?

A ella «le gusta» montar en trineo y, sin embargo, al sentarse en él, lo mismo que las otras veces, está pálida, el miedo apenas la deja respirar, y tiembla.

Nos deslizamos por tercera vez y yo veo cómo ella me mira a la cara y está pendiente de mis labios, pero me tapo la boca con el pañuelo, toso, y cuando vamos por la mitad de la pendiente, logro decir:

—¡La amo, Nadia!

Nádienka se acostumbra pronto a esa frase, como al vino o a la morfina. No puede vivir sin ella. Es cierto que ha perdido el miedo a deslizarse por la montaña, pero ahora el terror y el peligro confieren un cierto encanto a las palabras de amor, a las palabras que, igual que antes, constituyen un enigma y hacen sufrir al corazón.

Los sospechosos seguimos siendo dos: el viento y yo… ¿Quién de los dos le declara su amor? Ella no lo sabe, pero ahora no le importa. No importa la copa en la que se ofrezca el vino: lo que importa es emborracharse.

En una ocasión, a mediodía, me dirijo solo a la pista de patinaje, mezclado entre la gente, veo cómo Nádienka se va hacia la colina, cómo me busca con la mirada…

Luego, tímidamente, sube arriba por la escalera… Le da miedo, mucho miedo, ir sola. Está blanca como la nieve, tiembla como si se dirigiera al patíbulo, pero sube, sube decidida, sin mirar a su alrededor. Es evidente que ha decidido hacer la prueba.

¿Oirá esas deliciosas y dulces palabras cuando yo no esté? Veo cómo ella, pálida, aterrada, se sienta en el trineo, cierra los ojos y despidiéndose para siempre del mundo, empieza a deslizarse… Los patines chirrían. No sé si Nádienka oye esas palabras… Solo veo cómo se levanta exhausta, sin fuerzas, del trineo. Leo en su rostro que ella misma no sabe si ha oído algo o no. El miedo, mientras se deslizaba pendiente abajo, le ha privado de la facultad de oír, distinguir los sonidos, comprender…

Pero llega el mes de marzo y comienza la primavera… El sol es más cálido.

Nuestra ladera helada se vuelve oscura, deja de brillar y finalmente se derrite. Ya no vamos a patinar. La pobre

Nádienka ya no tiene dónde escuchar esas palabras, y no hay tampoco quien las pronuncie, puesto que ya no sopla el viento y yo me dispongo a marcharme a Petersburgo por mucho tiempo, quizás para siempre.

Un par de días antes de mi partida, me siento al atardecer en un pequeño jardín, separado por una alta valla con clavos del patio de la casa en que vive Nádienka.

Todavía hace bastante frío, bajo el estiércol aún hay nieve, los árboles están muertos, pero ya huele a primavera y, volviendo a sus nidos, los grajos graznan ruidosamente.

Me acerco a la valla y miro un buen rato por una rendija. Veo cómo Nádienka sale al porche y dirige al cielo su triste y melancólica mirada… El viento primaveral sopla directamente sobre su rostro pálido y abatido… Le recuerda aquel otro viento que rugía en la ladera cuando escuchó aquellas tres palabras, y su rostro se entristece y por sus mejillas se desliza una lágrima… Y la pobre muchacha extiende sus manos, como si pidiera a ese viento que le traiga otra vez esas palabras. Y yo espero a que sople el viento para decir a media voz:

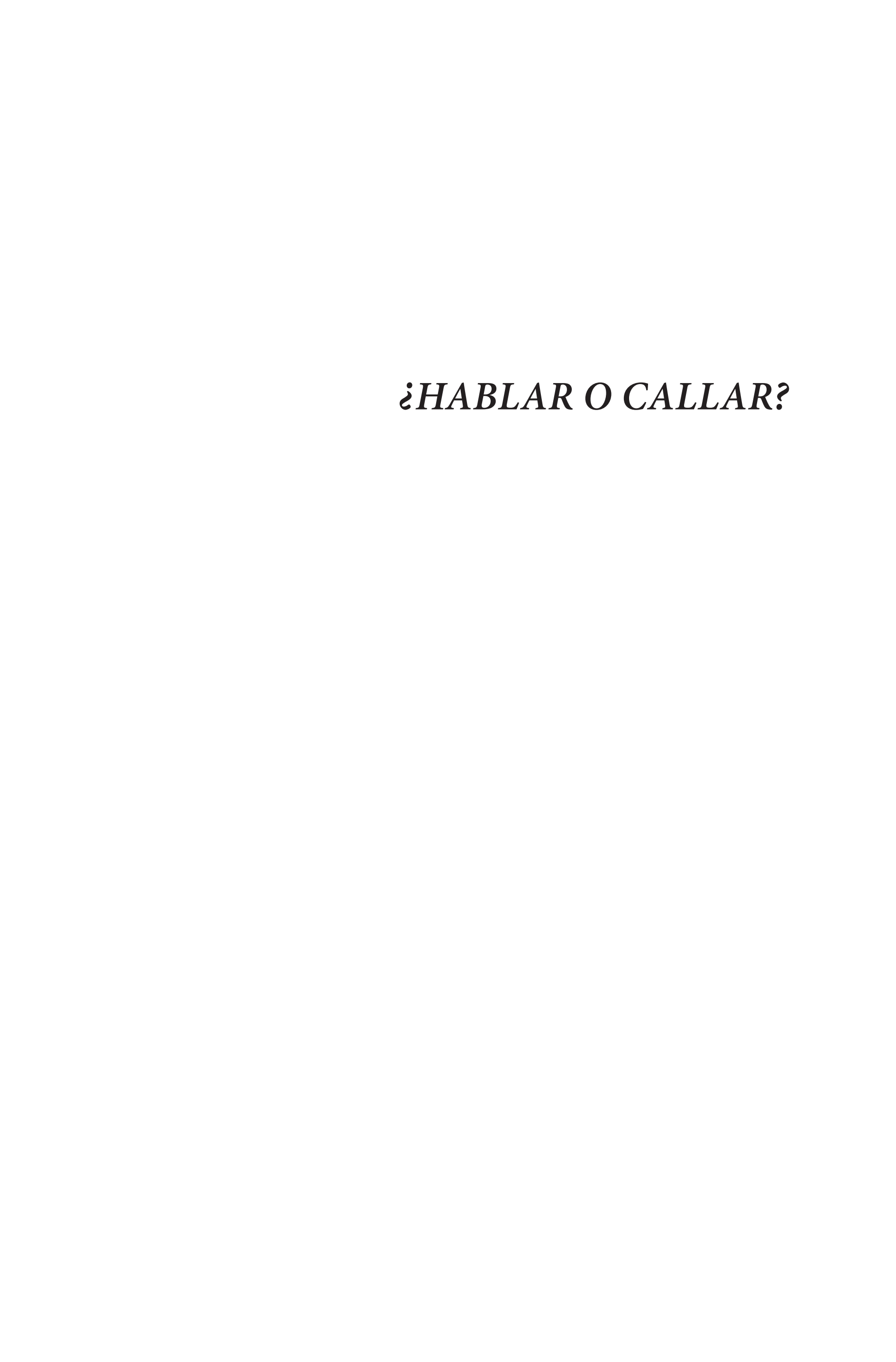
—¡La amo, Nadia!

Dios mío, ¿qué le pasa a Nádienka? Lanza un grito, una amplia sonrisa se dibuja en su rostro, y extiende las manos al viento. Está contenta, es feliz, ¡es tan hermosa!

Me marcho a preparar mi equipaje.

Esto sucedió hace mucho tiempo. Ahora Nádienka está casada. La casaron, o se casó por su propia voluntad, es lo mismo, con un secretario del Consejo de Tutela, y tiene tres niños. Pero no ha olvidado cómo en un tiempo lejano fuimos juntos a patinar y cómo el viento le traía las palabras «¡La amo, Nadia!». Ahora es para ella el recuerdo más feliz, más conmovedor y hermoso de su vida…

Y yo, ahora, que ya han pasado los años y me he hecho mayor, no comprendo por qué dije aquellas palabras, por qué hice aquella broma…



¿HABLAR O CALLAR?

Había una vez en un reino, en un estado, dos amigos: Kruger y Smirnov. Kruger tenía unas brillantes facultades intelectuales, mientras que Smirnov no era tan inteligente como amable, humilde y de fácil carácter. El primero era un elocuente conversador, el segundo, silencioso.

Los dos iban en una ocasión en un vagón, por la línea ferroviaria, e intentaban conquistar a una dama. Kruger se sentó al lado de la señorita y la llenaba de cumplidos, mientras Smirnov permanecía callado, parpadeando y relamiéndose los labios con cierta avidez. Al llegar a una estación, Kruger salió del vagón con la dama y tardó un buen tiempo en regresar. Cuando volvió, hizo un guiño de ojos y chasqueó la lengua.

—¡Qué bien se te da, hermano! —dijo Smirnov con envidia—. ¡Y cómo lo haces!

Apenas te habías sentado con ella y ya estaba todo hecho… ¡Qué suerte!

—Y tú, ¿por qué bostezas? ¡Has estado tres horas sentado junto a ella y apenas has abierto la boca! ¡Estabas callado como un tronco! ¡Permaneciendo callado, hermano, no conseguirás nada en el mundo! ¡Tienes que

estar despierto y charlar! ¿Por qué a ti no te sucede nada? ¡Porque eres un andrajo!

Smirnov estaba de acuerdo con esas razones y en el fondo de su alma decidió cambiar de comportamiento. Una hora después había vencido su timidez, y se sentó junto a un caballero de traje azul, con el que empezó a charlar alegremente. El caballero resultó ser muy dicharachero, y enseguida comenzó a preguntarle a Smirnov, sobre todo, cosas de carácter científico; que si le gustaba la tierra, el cielo, que si estaba contento con las leyes naturales y el desarrollo humano, preguntó, mientras hacía alusión también al libre pensamiento europeo, a la posición de las mujeres en América y cosas así. Smirnov contestaba con brillantez, educación y efusividad. Pero cuál sería su sorpresa, cuando al llegar a una estación, lo tomó del brazo, sonrió con sorna y dijo:

—Venga conmigo.

Smirnov lo siguió y desapareció no se sabe dónde. Dos años después, Kruger lo halló pálido, demacrado y delgado como la raspa de un pescado.

—¡¿Pero dónde te perdiste?! —preguntó Kruger asombrado.

Smirnov sonrió amargamente, y fue describiéndole cada uno de los pesares a los que había sobrevivido.

—¡Deja de decir tonterías y no hables más! —exclamó Kruger—. ¡Muérdete la lengua al menos!


AMENAZA

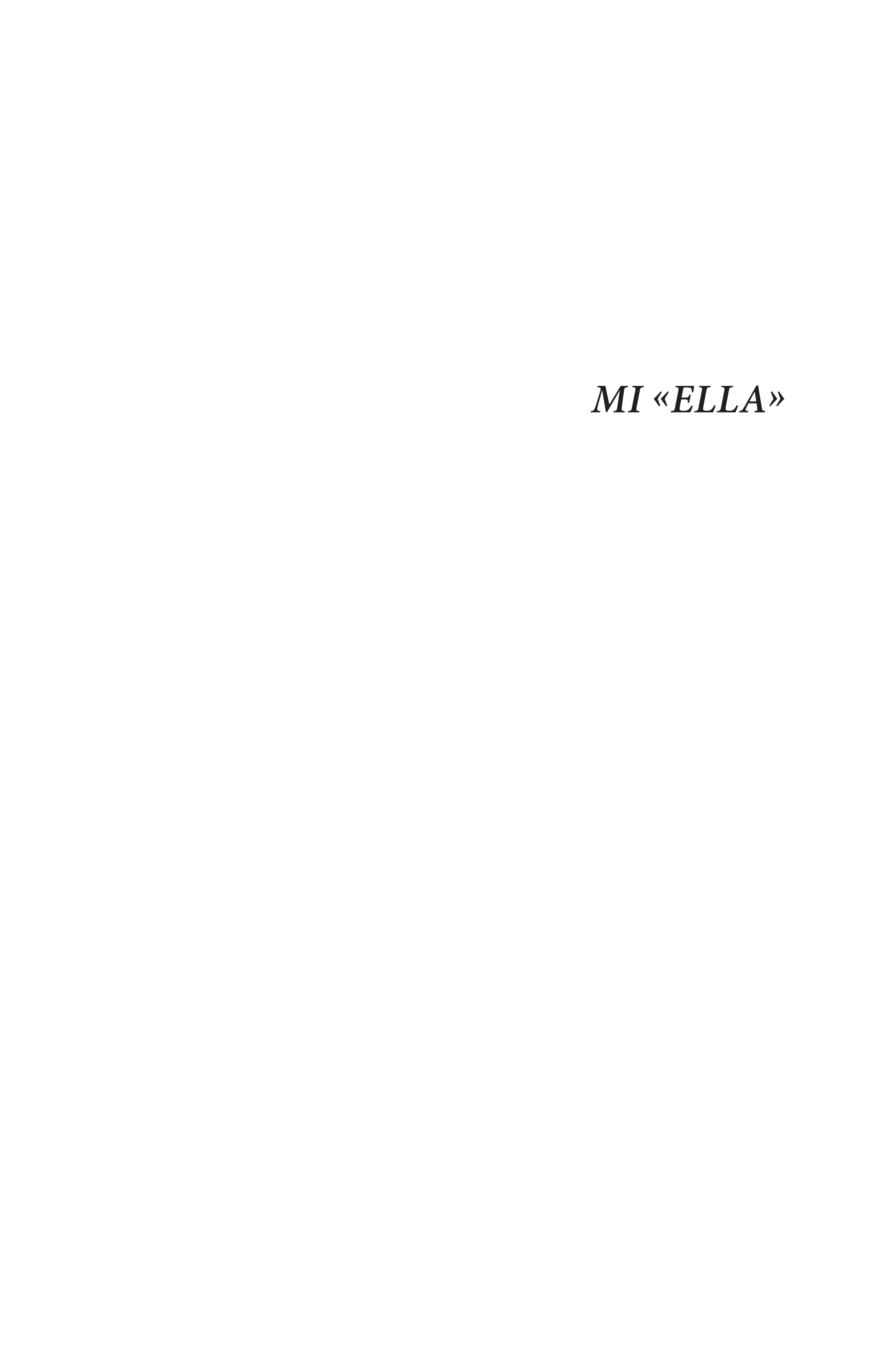
A un señor le robaron un caballo. Al día siguiente, apareció en todos los periódicos este anuncio:

«Si no se me devuelve el caballo que me ha sido robado, la necesidad me obligará a recurrir a las medidas extremas que adoptó, en un caso análogo, mi padre».

La amenaza surtió efecto. El ladrón, desconocedor del mal que le amenazaba, pero suponiendo que había de ser algo horrible y extraordinario, se atemorizó y, sin ser visto, llevó al caballo a la hacienda donde lo robó. El dueño, lleno de júbilo por tan feliz desenlace, decía a sus amigos que le complacía sobre manera no haber tenido que seguir el ejemplo de su padre.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que su padre hizo? —le preguntaron.

—¿Qué hizo? Ahora lo van a saber… Le quitaron el caballo en una posada. Entonces, él se puso la silla en las espaldas y regresó a casa a pie. Juro que yo hubiera hecho lo mismo si el ladrón no hubiera sido tan complaciente.



MI «ELLA»

Ella, según afirman mis padres y jefes, nació antes que yo. No sé si dirán verdad; lo que sí sé es que no recuerdo un solo día de mi vida en que no le perteneciera íntegramente ni sintiera su influjo sobre mí. No me abandona de día ni de noche, y por mi parte tampoco hago el menor intento de huir de su lado. Se trata, por consiguiente, de un vínculo fuerte y sólido…

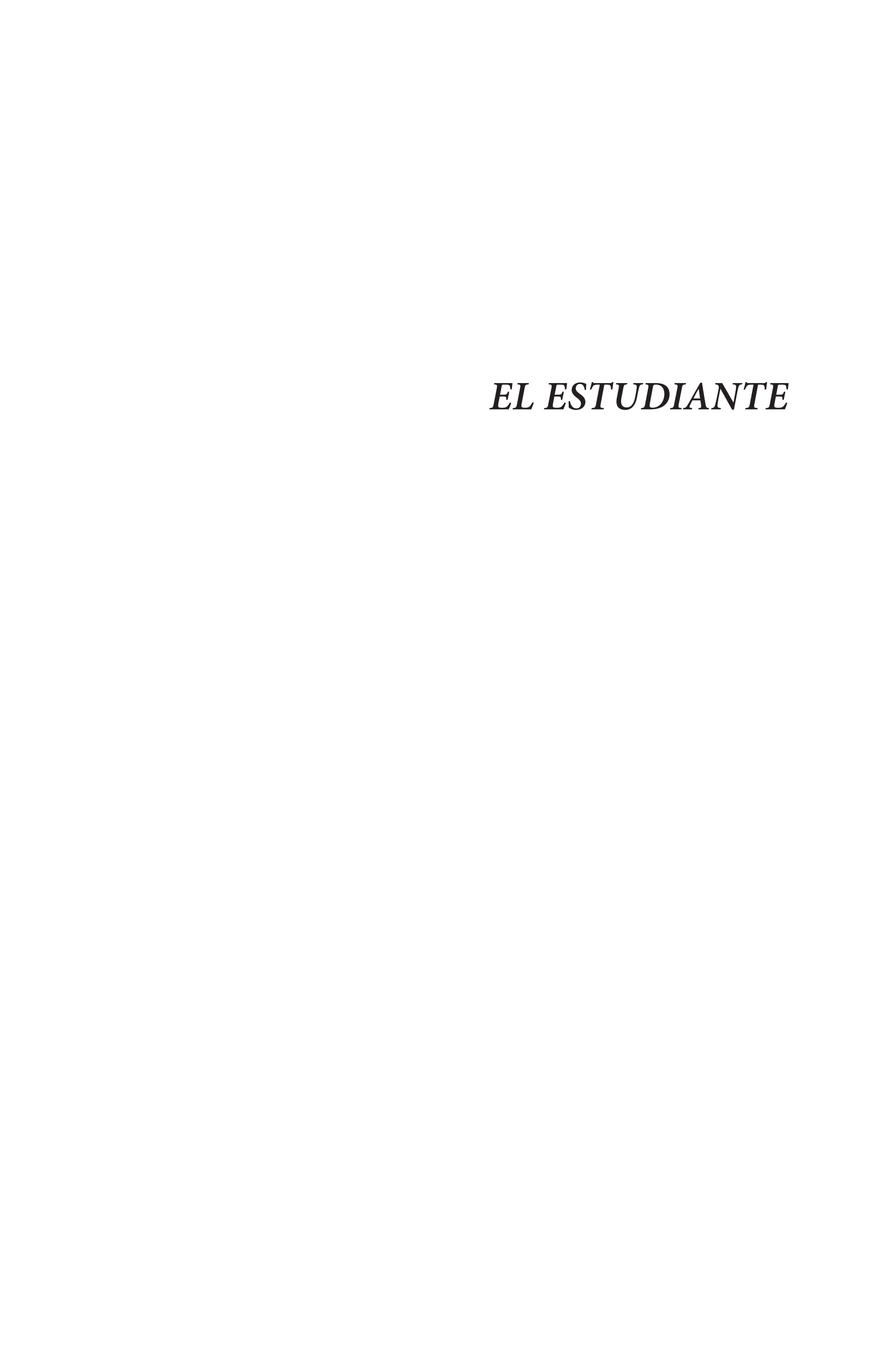
Sin embargo, no me tenga envidia, joven lector. Estas conmovedoras relaciones no me acarrean más que desgracias. En primer lugar, como «ella» no se aparta de mí jamás, no me permite dedicarme a nada. Me impide leer, escribir, pasear, gozar de la naturaleza… Mientras escribo estas líneas, me empuja el codo, y a cada instante me incita a irme al lecho, como la antigua Cleopatra al no menos antiguo Marco Antonio.

Por ella lo he sacrificado todo: la carrera, la fama, la comodidad. Por obra y gracia de «ella» voy mal vestido, vivo en un fonducho miserable, me alimento de cualquier manera y hasta escribo con tinta descolorida. ¡Todo lo devora «ella», ávida e insaciable! La odio, la desprecio… Debiera haberme separado hace tiempo, y si no lo he

hecho no ha sido únicamente porque los abogados moscovitas cobran cuatro mil rublos por un divorcio…

Hasta ahora, nuestros amores no dan fruto. ¿Quieren ustedes conocer el nombre de «ella»? Pues ahí va. Es un nombre poético, parecido a Lucrecia, a Teresa y a otros por el estilo.

Se llama *Pereza*.



EL ESTUDIANTE

En principio, el tiempo era bueno y tranquilo. Los mirlos gorjeaban y de los pantanos vecinos llegaba el zumbido lastimoso de algo vivo, igual que si soplaran en una botella vacía. Una chocha inició el vuelo, y un disparo retumbó en el aire primaveral con alegría y estrépito. Pero cuando oscureció en el bosque, empezó a soplar el intempestivo y frío viento del este y todo quedó en silencio. Los charcos se cubrieron de agujas de hielo y el bosque adquirió un aspecto desapacible, sórdido y solitario. Olía a invierno.

Iván Velikopolski, estudiante de la academia eclesiástica, hijo de un sacristán, volvía de cazar y se dirigía a su casa por un sendero junto a un prado anegado. Tenía los dedos entumecidos y el viento le quemaba la cara. Le parecía que ese frío repentino quebraba el orden y la armonía, que la propia naturaleza sentía miedo y que, por ello, había oscurecido antes de tiempo. A su alrededor todo estaba desierto y parecía especialmente sombrío. Solo en la huerta de las viudas, junto al río, brillaba una luz; en unas cuatro verstas a la redonda, hasta donde estaba la aldea, todo estaba sumido en la fría oscuridad de la noche. El estudiante recordó que cuando salió de casa, su madre, descalza, sentada en el

suelo del zaguán, limpiaba el samovar, y su padre estaba echado junto a la estufa y tosía; al ser Viernes Santo, en su casa no habían hecho comida y sentía un hambre atroz. Ahora, encogido de frío, el estudiante pensaba que ese mismo viento soplaba en tiempos de Riúrik, de Iván, el Temible, y de Pedro, el Grande, y que también en aquellos tiempos había existido esa brutal pobreza, esa hambruna, esas agujereadas techumbres de paja, la ignorancia, la tristeza, ese mismo entorno desierto, la oscuridad y el sentimiento de opresión. Todos esos horrores habían existido, existían y existirían y, aun cuando pasaran mil años más, la vida no sería mejor. No tenía ganas de volver a casa.

La huerta de las viudas se llamaba así porque la cuidaban dos viudas, madre e hija. Una hoguera ardía vivamente, entre chasquidos y chisporroteos, iluminando a su alrededor la tierra labrada. La viuda Vasilisa, una vieja alta y robusta, vestida con una chaqueta de hombre, estaba junto al fuego y miraba con aire pensativo las llamas; su hija Lukeria, baja, de rostro abobado, picado de viruelas, estaba sentada en el suelo y fregaba el caldero y las cucharas. Seguramente acababan de cenar. Se oían

voces de hombre; eran los trabajadores del lugar que llevaban los caballos a abrevar al río.

—Ha vuelto el invierno —dijo el estudiante, acercándose a la hoguera—. ¡Buenas noches!

Vasilisa se estremeció, pero enseguida le reconoció y sonrió afablemente.

—No te había reconocido, ¡Dios mío! Eso quiere decir que vas a ser rico.

Se pusieron a conversar. Vasilisa era una mujer que había vivido mucho. Había servido en un tiempo como nodriza y después como niñera en casa de unos señores, se expresaba con delicadeza y su rostro mostraba siempre una leve y sensata sonrisa. Lukeria, su hija, era una aldeana, sumisa ante su marido, se limitaba a mirar al estudiante y permanecer callada, con una expresión extraña en su rostro, como la de un sordomudo.

—En una noche igual de fría que esta, se calentaba en la hoguera el apóstol Pedro —dijo el estudiante, extendiendo las manos hacia el fuego—. Eso quiere decir

que también entonces hacía frío. ¡Ah, qué noche tan terrible fue esa! ¡Una noche larga y triste a más no poder!

Miró a la oscuridad que le rodeaba, sacudió convulsivamente la cabeza y preguntó:

—¿Fuiste a la lectura del Evangelio?

—Sí, fui.

—Entonces te acordarás de que durante la última cena, Pedro dijo a Jesús: «Estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte». Y el Señor le contestó: «Pedro, en verdad te digo que antes de que cante el gallo, negarás tres veces que me conoces». Después de la cena, Jesús se puso muy triste en el huerto y rezó, mientras el pobre Pedro, completamente agotado, con los párpados pesados, no pudo vencer el sueño y se durmió. Luego oirías que Judas besó a Jesús y le entregó a sus verdugos aquella misma noche. Le llevaron atado ante el sumo pontífice y le azotaron, mientras Pedro, exhausto, atormentado por la angustia y la tristeza, ¿lo entiendes?, desvelado, presintiendo que algo terrible iba a suceder en la tierra, les siguió… Quería con locura a Jesús y ahora veía, desde lejos, cómo le azotaban…

Lukeria dejó las cucharas y fijó su inmóvil mirada en el estudiante.

—Llegaron adonde estaba el sumo pontífice —prosiguió— y comenzaron a interrogar a Jesús, mientras los criados encendieron una hoguera en medio del patio, pues hacía frío, y se calentaban. Con ellos, cerca de la hoguera, estaba Pedro y también se calentaba, como yo ahora. Una mujer, al verle, dijo: «Este también estaba con Jesús», lo que quería decir que también a él había que llevarle al interrogatorio. Todos los criados que se hallaban junto al fuego le miraron, seguro, severamente, con recelo, puesto que él, agitado, dijo: «No le conozco». Poco después, alguien le reconoció de nuevo como uno de los discípulos de Jesús y dijo: «Tú también eres de los suyos». Y él lo volvió a negar. Y, por tercera vez, alguien se dirigió a él: «¿Acaso no te he visto hoy con él en el huerto?». Y él lo negó por tercera vez. Justo después de eso, cantó el gallo y Pedro, mirando desde lejos a Jesús, recordó las palabras que él le había dicho durante la cena… Las recordó, volvió en sí, salió del patio y rompió a llorar amargamente. El Evangelio dice: «Tras salir de allí, lloró amargamente». Así me lo imagino: un jardín

tranquilo, muy tranquilo, y oscuro, muy oscuro, y en medio del silencio apenas se oye un callado sollozo…

El estudiante suspiró y se quedó pensativo. Vasilisa, que seguía sonriente, sollozó de pronto, gruesas y abundantes lágrimas se deslizaron por sus mejillas mientras ella interponía una manga entre su rostro y el fuego, como si se avergonzara de sus propias lágrimas. Lukeria, por su parte, miraba fijamente al estudiante, ruborizada, con la expresión grave y tensa, como la de quien siente un fuerte dolor.

Los trabajadores volvían del río, y uno de ellos, montado a caballo, ya estaba cerca y la luz de la hoguera oscilaba ante él. El estudiante dio las buenas noches a las viudas y reemprendió la marcha. De nuevo le envolvió la oscuridad y se entumecieron sus manos. Hacía mucho viento; parecía, en efecto, que el invierno había vuelto y no que al cabo de dos días llegaría la Pascua.

Ahora el estudiante pensaba en Vasilisa: si se echó a llorar es porque lo que le sucedió a Pedro aquella terrible noche guarda alguna relación con ella…

Miró atrás. El fuego solitario crepitaba en la oscuridad, y a su lado ya no se veía a nadie. El estudiante volvió a pensar que si Vasilisa se echó a llorar y su hija se conmovió, era evidente que aquello que él había contado, lo que sucedió diecinueve siglos antes, tenía relación con el presente, con las dos mujeres y, probablemente, con aquella aldea desierta, con él mismo y con todo el mundo. Si la vieja se echó a llorar no fue porque él lo supiera contar de manera conmovedora, sino porque Pedro le resultaba cercano a ella y porque ella se interesaba con todo su ser en lo que había ocurrido en el alma de Pedro.

Una súbita alegría agitó su alma, e incluso tuvo que pararse para recobrar el aliento. El pasado —pensó— y el presente están unidos por una cadena de acontecimientos que surgen unos de otros. Y le pareció que acababa de ver los dos extremos de esa cadena: al tocar uno de ellos, vibraba el otro.

Luego, cruzó el río en una balsa y después, al subir la colina, contempló su aldea natal y el poniente, donde en la raya del ocaso brillaba una luz púrpura y fría. Entonces pensó que la verdad y la belleza que habían orientado la vida humana en el huerto y en el palacio

del sumo pontífice, habían continuado sin interrupción hasta el tiempo presente, y siempre constituirían lo más importante de la vida humana y de toda la tierra. Un sentimiento de juventud, de salud, de fuerza (solo tenía veintidós años), y una inefable y dulce esperanza de felicidad, de una misteriosa y desconocida felicidad, se apoderaron poco a poco de él, y la vida le pareció admirable, encantadora, llena de un elevado sentido.


LA ESPOSA

—Ya le he dicho que no me toque la mesa —exclamó Nikolái Evgráfich—. Cada vez que me la arregla usted no puedo encontrar nada. ¿Dónde está el telegrama? ¿Dónde lo ha echado usted? Haga el favor de buscarlo. Lo mandan desde Kazán y lleva fecha de ayer.

La doncella, pálida, muy flaca, de rostro impasible, encontró unos telegramas en la papelera debajo de la mesa y sin decir palabra se los entregó al doctor. Pero eran telegramas locales, de enfermos. Luego buscaron en la sala y en la habitación de Olga Dmítriovna.

Era ya la una de la madrugada. Nikolái Evgráfich sabía que su mujer no volvería pronto a casa, en todo caso no antes de las cinco. No tenía confianza en ella. Cuando tardaba en regresar, él no dormía, se desesperaba y sentía desprecio por su mujer, por la cama de ella, el espejo, la bombonera y los lirios y jacintos que alguien le enviaba todos los días y que daban a la casa el olor empalagoso de una tienda de florista. En tales noches, se tornaba mezquino, caprichoso, irritable. Esta vez le parecía que no podía prescindir del telegrama recibido de su hermano el día antes, aunque el tal telegrama contenía solo felicitaciones y saludos.

En la mesa del cuarto de su mujer, bajo la caja de papel de cartas, encontró un telegrama y le echó un vistazo. Llevaba las señas de su suegra, para entregar a Olga Dmítriovna, procedía de Montecarlo y lo firmaba «Michel». El doctor no pudo entender las palabras del texto porque estaba en un idioma extraño, inglés, al parecer.

—¿Quién es este Michel? ¿Por qué de Montecarlo? ¿Por qué a nombre de mi suegra?

En siete años de vida de casado había adquirido el hábito de sospechar, de adivinar, de ponderar pruebas, y nunca se le había ocurrido que gracias a esa práctica casera podría ahora pasar por detective consumado. Cuando entró en el gabinete y se puso a cavilar recordó al punto cómo año y medio antes, estando con su mujer en Petersburgo, habían almorzado en *Kyuba* con un compañero suyo de colegio, ingeniero de caminos, canales y puertos, y cómo este les había presentado a un joven de unos veintidós o veintitrés años llamado Mijaíl Ivánich, con un apellido corto y algo extraño: Ris. Dos meses después el doctor vio en el álbum de su mujer una fotografía de este joven con una dedicatoria en francés

que decía: «En recuerdo del presente y con esperanza para el futuro». Más tarde, en casa de la suegra, tropezó con este mismo joven un par de veces… Y ello cabalmente cuando su mujer había empezado a salir a menudo y volvía a casa a las cuatro o a las cinco de la mañana, y cuando le pedía de continuo un pasaporte para el extranjero, que él le negaba, con lo cual se armaba una riña en la casa que duraba días enteros y que avergonzaba hasta a la servidumbre.

Medio año más tarde sus colegas le diagnosticaron una tisis incipiente y le aconsejaron que lo dejara todo y se fuera a Crimea. Cuando Olga Dmítriovna se enteró de ello, fingió grandísimo susto. Acariciaba a su marido y aseguraba sin cesar que Crimea era comarca fría y aburrida; que sería mejor ir a Niza, adonde ella le acompañaría, y que allí le cuidaría, atendería a sus necesidades y le tendría tranquilo…

Y ahora comprendía por qué su mujer quería ir precisamente a Niza: Michel vivía en Montecarlo.

Cogió un diccionario inglés-ruso y traduciendo unas palabras y adivinando el significado de otras consiguió formar poco a poco la frase: «Bebo a la salud de la muy

amada mía y beso mil veces su minúsculo pie. Aguardo impaciente llegada». Se percató del papel lamentable y ridículo que representaría si consentía en ir con su mujer a Niza. Casi rompió a llorar del agravio que sentía y, presa de honda agitación, se puso a recorrer la casa entera. Su orgullo se rebelaba y se sintió poseído de asco plebeyo. Con los puños apretados y el rostro contraído por la repugnancia se preguntaba cómo él, hijo de un pope de aldea, educado en un seminario, hombre tosco y sincero, cirujano de profesión, se había esclavizado entregándose ignominiosamente a esa criatura débil, insignificante, mercenaria y ruin.

—¡Minúsculo pie! —murmuró estrujando el telegrama—. ¡Minúsculo pie!

De la época en que se enamoró y pidió la mano de su amada y de los siete años posteriores no le quedaba sino el recuerdo de unos cabellos largos y fragantes, de una masa de suaves encajes y de un pie efectivamente minúsculo y bonito. De las caricias pretéritas, se diría que todavía le quedaba en la cara y en las manos una sensación de sedas y encajes… y nada más. Nada más, salvo histeria, alaridos, reproches, amenazas y mentiras,

mentiras pérfidas e impúdicas. Recordaba cómo en la casa paterna, allá en la aldea, entraba del patio por casualidad un pájaro y empezaba a derribar cosas y a lanzarse frenéticamente contra los cristales de las ventanas. Pues bien, así también esta mujer, procedente de un mundo que a él le era extraño, había entrado volando en su vida y sembrado en ella la destrucción. Los mejores años de su existencia los había pasado en un infierno, sus esperanzas de felicidad habían resultado vanas e irrisorias, había perdido la salud, su vivienda estaba montada como la de una ramera barata, y de los diez mil rublos que ganaba al año, ni siquiera podía mandar diez a su madre, la popesa; y, por añadidura, debía quince mil más, según pagarés firmados. Si en su casa se hubiera instalado una banda de ladrones quizá no le parecería su vida tan irreparable, tan irremisiblemente arruinada como lo estaba junto a esta mujer.

Empezó a toser y sofocarse. Necesitaba acostarse en la cama y entrar en calor, pero no podía. Siguió recorriendo habitaciones y sentándose a la mesa. Dejó resbalar el lápiz por el papel y escribió maquinalmente: «Una prueba de esta pluma… Minúsculo pie…».

Hacia las cinco de la mañana se calmó la tirantez que sentía. Ahora se culpaba solo a sí mismo de todo lo pasado. Pensaba que si Olga Dmítriovna se casaba con otro capaz de ejercer buen influjo sobre ella, ¿quién sabe?, quizá llegaría por fin a ser buena y honrada. Él, después de todo, no era buen psicólogo y desconocía el alma femenina. Además, era hombre basto, poco interesante…

«Me queda poco tiempo de vida —pensaba—; soy un cadáver y no debo estorbar a los vivos. A estas alturas, en realidad, sería de singular estupidez insistir en mis supuestos derechos. Tendré una explicación con ella; que vaya a reunirse con su amante… Le daré el divorcio y me declararé culpable…».

Por fin llegó Olga Dmítriovna y, tal como estaba, con pelerina blanca, gorro de piel y chanclos, entró en el gabinete y se dejó caer en un sillón.

—¡Qué repugnante, ese chico gordo! —exclamó, respirando con esfuerzo y sollozando—. Eso es deshonesto, incluso asqueroso. —Dio una patada en el suelo—. No puedo, no puedo, no puedo.

—¿De qué se trata? —preguntó Nikolái Evgráfich acercándose a ella.

—Ha venido conmigo Azarbekov, el estudiante, y ha perdido mi bolso, y con él quince rublos. Me los había prestado mamá.

Lloraba con toda seriedad, como llora una muchacha. No solo el pañuelo, sino hasta los guantes los tenía húmedos de llanto.

—¡Qué se le va a hacer! —suspiró el doctor—. Lo ha perdido y perdido está, eso es todo. Tranquilízate. Necesito hablar contigo.

—No soy una millonaria para perder el dinero así como así. Él dice que me lo devolverá, pero no lo creo. Es pobre…

El marido le rogó que se calmara y atendiera a lo que le iba a decir, pero ella seguía hablando del estudiante y de los quince rublos perdidos.

—Bueno, mañana te doy veinticinco, pero ahora hazme el favor de callar —dijo él con irritación.

—Tengo que cambiarme de ropa —exclamó ella llorando—. No puedo hablar en serio con el abrigo puesto. ¡Cosa extraña!

Él le quitó el abrigo y los chanclos y mientras lo hacía notó el olor a vino blanco, el vino que a ella le gustaba tomar con las ostras (a pesar de su esbeltez comía y bebía mucho). Ella entró en su cuarto y al poco rato volvió cambiada de ropa, con el rostro cubierto de polvos y los ojos llenos de lágrimas. Se sentó y se envolvió en su amplia y suave bata de noche entre cuyas ondas color de rosa el marido solo podía distinguir sus cabellos sueltos y un pie diminuto calzado de pantufla.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó ella meciéndose en el sillón.

—He encontrado esto por casualidad… —dijo el doctor alargándole el telegrama.

Ella lo leyó y se encogió de hombros.

—¿Y qué? —preguntó meciéndose con más rapidez—. No es más que la felicitación habitual de Año Nuevo. Ahí no hay secretos.

—Te aprovechas de que no sé inglés. Sí, es verdad que no lo sé, pero tengo un diccionario. Este es un telegrama de Ris. Bebe a la salud de su amada y le manda mil besos. Pero dejemos esto, dejémoslo —prosiguió el doctor apresuradamente—. No me propongo hacerte reproche alguno ni dar un espectáculo. Bastantes reproches y espectáculos hemos tenido. Ya es hora de acabar… Oye lo que quiero decirte: eres libre y puedes vivir donde quieras.

Hubo un silencio. Ella rompió a llorar.

—Te ahorro la necesidad de fingir y mentir —continuó Nikolái Evgráfich—. Si quieres a ese mozo, quiérelo. Si quieres ir a reunirte con él en el extranjero, ve allá. Eres joven, tienes buena salud, mientras que yo ya soy un inválido y me queda poca vida por delante. En fin, ya me entiendes.

Estaba agitado y no pudo continuar. Olga Dmítriovna, llorando, y con esa voz con que se habla cuando se compadece uno de sí mismo, confesó que amaba a Ris, que había hecho algunas escapadas con él fuera de la ciudad y le había visitado en su habitación del hotel y que, efectivamente, ahora quería ir al extranjero.

—Ya ves que no te oculto nada —añadió con un suspiro—. Te soy enteramente franca. Y vuelvo a pedirte que seas generoso y me des el pasaporte.

—Repito que eres libre.

Ella cambió de asiento para estar más cerca de él y observar la expresión de su rostro. No le creía y ahora deseaba leer sus más recónditos pensamientos. No creía nunca a nadie y, por nobles que fueran las intenciones de una persona, ella siempre veía motivos viles y mezquinos y propósitos egoístas. Y ahora, cuando escudriñaba la cara de su marido, esta creyó ver en el fondo de su mirada una lucecita verde como la de los ojos de los gatos.

—Entonces, ¿cuándo voy a recibir el pasaporte? —preguntó en voz baja.

Él, de pronto, hubiera querido decir «nunca», pero se contuvo y replicó:

—Cuando quieras.

—Iré solo por un mes.

—Te irás con Ris para siempre. Te doy el divorcio, me declaro culpable y Ris puede casarse contigo.

—¡Pero yo no quiero el divorcio! ¡De ninguna manera! —exclamó Olga Dmítriovna con viveza y con gesto de sorpresa—. No te pido el divorcio. Dame el pasaporte, eso es todo.

—Pero ¿por qué no quieres el divorcio? —preguntó el doctor empezando a irritarse—. ¡Pero qué extraña eres! Si de veras estás enamorada de él y él también te quiere a ti no hay solución mejor, en su caso, que el casamiento. ¿Acaso dudas todavía entre el casamiento y el adulterio?

—Ya, ya te comprendo —dijo ella apartándose de su marido, con una expresión maligna y vengativa en el semblante—. Te comprendo perfectamente. Estás cansado de mí y ahora quieres sencillamente quitarme de en medio imponiéndome el divorcio. Muchas gracias, no soy tan tonta como crees. No quiero el divorcio y no me separo de ti, ¡no y no! En primer lugar, no quiero perder mi posición social —agregó con rapidez como temiendo que la interrumpieran— y, en segundo lugar, tengo ya veintisiete años y Ris solo veintitrés. Dentro de un año se cansará de mí y me abandonará. Y en tercer

lugar, no estoy segura de que mi enamoramiento pueda durar mucho… Conque ahí tienes. No me separo de ti.

—¡Entonces te echo de casa! —gritó Nikolái Evgráfich dando patadas en el suelo— ¡Te echo, sinvergüenza, malvada!

—¡Eso ya lo veremos! —respondió ella saliendo del cuarto.

Ya hacía tiempo que clareaba en el patio. El doctor, sentado todavía a la mesa, dejaba correr el lápiz por el papel y escribía maquinalmente: «Muy señor mío… Pie minúsculo…». Se levantó y fue a plantarse ante la fotografía de la sala, hecha siete años antes, poco después de la boda. La estuvo contemplando largo rato. Era un grupo de familia: el suegro, la suegra, su mujer, Olga Dmítriovna, cuando tenía veinte años, y él mismo, en calidad de marido joven y feliz. El suegro, afeitado, regordete, funcionario hidrópico, astuto y avaricioso; la suegra, dama corpulenta, de rostro pequeño y rapaz como el de un hurón, que amaba a su hija con delirio y la ayudaba en todo; si la hija estrangulara a alguien, la madre no diría palabra y se limitaría a ocultarla bajo su falda. Olga Dmítriovna tenía también rasgos pequeños

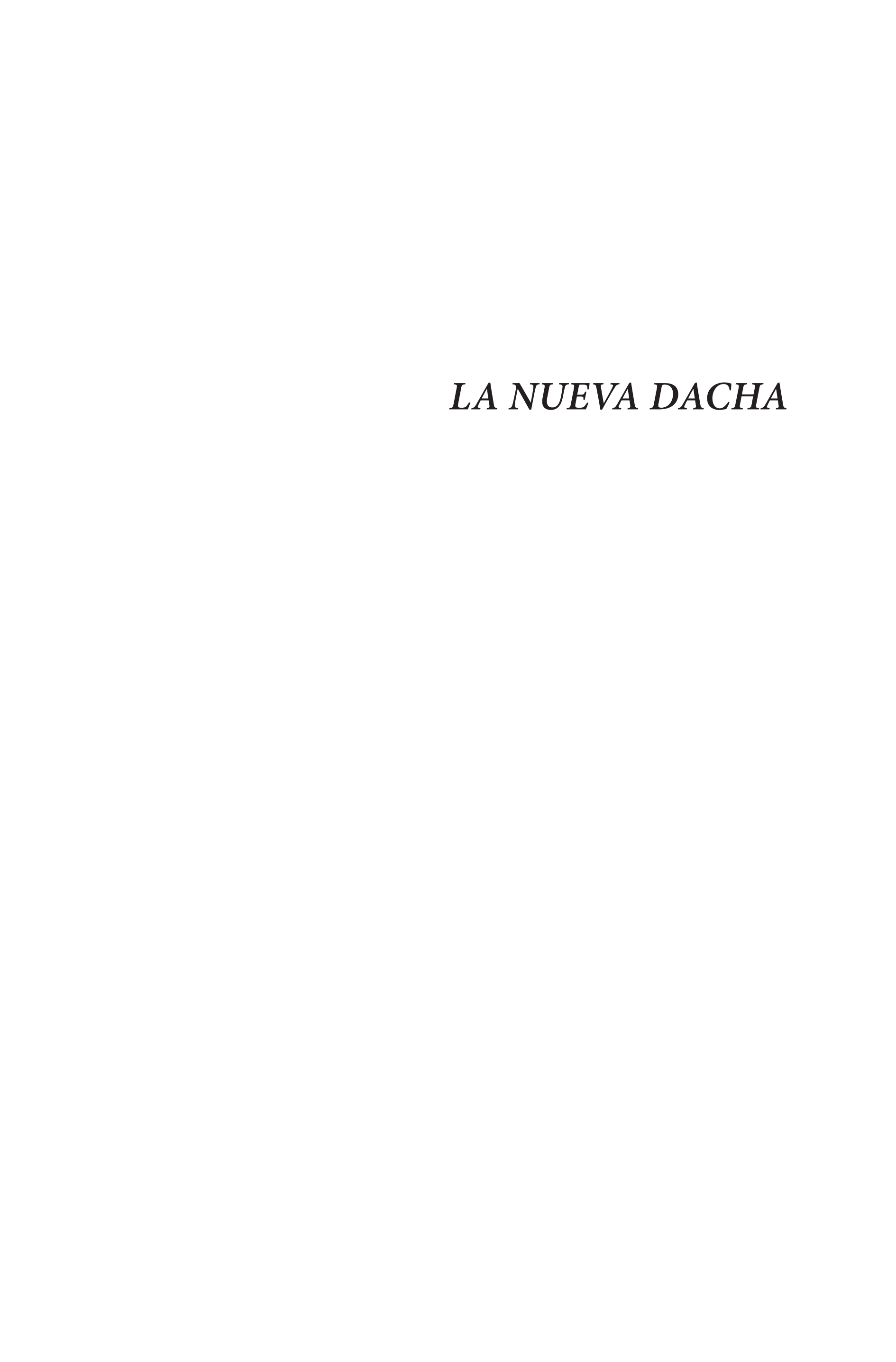
y rapaces, pero más expresivos y audaces que los de su madre. No era un hurón, sino una fiera de mayor empuje. Y el propio Nikolái Evgráfich tenía en esta fotografía cara de buen chico, inocente y campechano, con una sonrisa boba, de seminarista, y creía ingenuamente que esta compañía de ladrones, en que su suerte le había metido, le daría poesía y felicidad, y que todo aquello con que había soñado cuando era todavía estudiante, lo cantaba en la canción: «No amar es destruir una vida joven».

Y una vez más, maravillado, se preguntaba cómo él, hijo de un pope de aldea, educado en un seminario, hombre sencillo, tosco y sincero, había podido entregarse tan sin voluntad a esta criatura insignificante, mendaz, chabacana y ruin, a una criatura de índole tan extraña a la suya propia.

Cuando a las once de la mañana se ponía la levita para ir al hospital, entró la doncella en el gabinete.

—¿Qué desea? —preguntó.

—De parte de la señorita, que diga a usted que se ha levantado y que le dé los veinticinco rublos que le ha prometido.



LA NUEVA DACHA

I

A tres verstas de la aldea de *Obruchanovo* se construía un enorme puente. Desde el pueblo, situado a bastante altura, en la escarpada orilla del río, se divisaba su enrejada armazón; y cuando había niebla o en los días apacibles de invierno, en que sus postes de hierro y todos los bosques de alrededor se cubrían de escarcha, el puente presentaba un cuadro pintoresco y hasta fantástico. A veces pasaba por la aldea, en un coche de carreras o en una berlina, el ingeniero Kúcherov, director de las obras, grueso, fornido, barbudo, tocado con una gorra suave y arrugada. Durante algunas festividades pasaban también, descalzos, los constructores del puente, que pedían limosna, se reían de las aldeanas y, en ocasiones, se llevaban lo que se les pusiera a mano. Pero esto acaecía muy de tarde en tarde. Por lo general, los días transcurrían plácidos y tranquilos, como si las obras no existiesen, y solo por la noche, cuando junto al puente resplandecía el fuego de las hogueras, el viento traía suavemente el canto de los miserables obreros. Durante el día llegaba un triste sonido metálico: *don*, *don*, *don*…

En cierta ocasión, la mujer del ingeniero vino a verle. Prendada de las orillas del río, del hermoso panorama del verde valle con sus aldehuelas, sus iglesias y sus rebaños pastando, rogó al marido que adquiriese una parcela por allí cerca y construyese una dacha. Accedió el ingeniero; compraron veinte desiatinas de tierra; y en un pradillo de la orilla alta, donde antes pacían las vacas de *Obruchanovo*, edificaron una bella casita de dos pisos, con terraza, balcones y una torreta rematada por una aguja en la que ondeaba la bandera todos los domingos. La construyeron en cosa de tres meses y, durante el invierno, plantaron junto a ella frondosos árboles, de modo que al llegar la primavera y reverdecer todo el paraje, había ya en la finca jardín y jardinero, dos obreros con blancos delantales, que cuidaban de la casa, un surtidor que despedía un chorro de agua, y una esfera de cristal tan brillante, que hacía daño a la vista. La finca tenía ya hasta nombre propio: la Nueva Dacha.

Una cálida y radiante mañana de fines de mayo trajeron a herrar dos caballos a casa del herrero, Rodión Petrov. Eran de la Nueva Dacha. De blancura nívea, rollizos y bien plantados, tenían entre sí un parecido sorprendente.

—¡Son enteramente dos cisnes! —exclamó Rodión, mirándolos con veneración.

Su mujer, Stepanida, sus hijos y sus nietos salieron a la calle para verlos. Poco a poco fue congregándose gente. Se acercaron los Líchkov, padre e hijo, ambos sin barba desde su nacimiento, mofletudos y destocados. Acudió también Kozov, un viejo alto y flaco, de luenga barba caprina, con un cayado en la mano, parpadeando sin cesar con sus ojos pícaros y sonriendo irónicamente, como quien conoce un secreto, dijo:

—Lo único que tienen es que son blancos. Pon los míos a comer centeno como estos y tendrán la misma pinta. Pero si a estos los engancharan a un arado y los sacudieran con el látigo, ya veríamos…

El cochero se limitó a mirarle con desdén, mas no dijo nada. Y mientras encendían la fragua, sin dejar de fumar, contó infinidad de detalles a los *muzhiks* reunidos. Los amos eran ricos. La señora, Elena Ivánovna, era pobre antes de casarse y vivía en Moscú, haciendo de institutriz; bondadosa y compasiva, se complacía en ayudar a los pobres. En la finca no iban a labrar ni a sembrar, sino a vivir a gusto, a respirar aire puro. Cuando, terminada su

información y herrados los caballos, se volvió con ellos, le siguió una patulea de chiquillos y de perros ladrando; y Kozov, viéndole ir, guiñaba burlón:

—¡Buenos hacendados nos han salido! ¡Casa nueva y coche, y a lo mejor no tienen ni para comer! ¡Menudos señores!

Kozov tomó un odio repentino a la finca, a los blancos caballos y al lozano y gallardo cochero. Era viudo. Vivía aburrido. No trabajaba porque se lo impedía una enfermedad que tan pronto decía ser «comezón» como lombrices. Le mantenía, enviándole algo de dinero, un hijo que trabajaba de confitero en *Járkov*. De la mañana a la noche, erraba por la orilla del río o por el pueblo, y si veía a un *muzhik* con un tronco a cuestas o pescando con caña decía: «Ese tronco está seco y carcomido» o «con este tiempo no picará ni un pez». En época de sequía pronosticaba que no llovería hasta que el frío apretase; por el contrario, cuando llovía afirmaba que la cosecha se perdería en los campos, a fuerza de agua. Todo ello sin dejar de guiñar, como si estuviera al corriente de un secreto.

Por la noche, en la finca, solía haber fuegos artificiales y bengalas, y junto a *Obruchanovo* pasaba una barca de vela con farolillos rojos. Una mañana llegaron al pueblo la mujer y la hija del ingeniero en un cochecito de ruedas amarillas, tirado por una pareja de ponis oscuros. Las dos llevaban sombreritos de paja de anchas alas plegadas sobre las sienes.

Era precisamente en la época de abonar las tierras. El herrero Rodión, alto, seco, viejo, destocado, descalzo, con una horquilla al hombro, junto a su vieja y deforme telega, se quedó embobado mirando a los ponis, y por la expresión de su semblante dio a entender que jamás había visto caballos tan pequeños.

—¡Ha llegado la Kucherija! —se oyó un rumor en el pueblo—. ¡Fíjense, ha llegado la Kucherija!

Elena Ivánovna miró las isbas, como para elegir una, y detuvo el coche ante la más pobre, a cuyas ventanas estaban asomadas muchas cabezas infantiles: rubias, castañas, pelirrojas. Stepanida, la mujer de Rodión, una vieja gruesa, salió presurosa de la isba. La toquilla le resbaló de la blanca cabeza hacia los hombros. Mirando

al coche, con el sol de frente, la cara de la vieja sonreía y se arrugaba. Parecía ciega.

—Para tus hijos —Le dijo Elena Ivánovna, dándole tres rublos.

Stepanida rompió a llorar de emoción y, arrodillándose, le hizo una reverencia hasta tocar el suelo con la frente. Rodión la imitó, mostrando su ancha nuca broncínea y calva; y, al agacharse, estuvo a punto de enganchar a su mujer con la horquilla por un costado. Elena Ivánovna, confusa, hizo dar vuelta al coche y se marchó.

II

Los Líchkov, padre e hijo, sorprendieron en su prado a dos caballos de labor, un poni y un belfudo becerro. Acompañados del pelirrojo Volodka, hijo del herrero Rodión, los condujeron al pueblo. Llamaron al alcalde, buscaron testigos y se fueron a inspeccionar los daños causados en los pastos.

—¡Ahora verán! —decía Kozov sin cesar en sus guiños—. ¡Ya verán ahora! ¡A ver cómo salen del paso los ingenieros! ¡No vayan a creerse que van a escapar a la justicia! Ya verán. Hay que mandar por el jefe de los alguaciles para levantar acta.

—Eso es, para levantar acta —repitió Volodka.

—¡No quiero que esto quede así! —gritaba el hijo de Líchkov; y de tanto vociferar parecía que se hinchaban más aún sus mofletes sin barba—. ¡Hay que ver la moda que han traído! ¡Como les dejemos, nos estropean todos los prados! ¡No tienen ningún derecho a abusar del pueblo! ¡Ya se ha acabado la esclavitud!

—¡Se ha acabado la esclavitud! —repitió Volodka.

—Vivíamos muy bien sin puente —pronunció Líchkov padre, con gesto sombrío—. Ni lo hemos pedido ni necesitamos el puente para nada. ¡No lo queremos!

—¡Hermanos ortodoxos, no podemos dejar esto así!

—¡Anda, anda! —guiñaba Kozov—. ¡A ver cómo se las arreglan ahora! ¡Menudos hacendados!

Emprendieron de nuevo el camino del pueblo. Conforme andaban, Líchkov, el hijo, iba dándose puñetazos en el pecho y gritando. Volodka repetía sus gritos y sus palabras. Y mientras tanto, en la aldea se había agolpado una multitud de gente alrededor del becerro y de los caballos. Aquel, atemorizado, miraba a los curiosos con la cabeza gacha, pero de pronto la bajó hasta el suelo y arrancó a correr, levantando las patas traseras. Kozov se asustó y le amagó con el cayado, provocando la risa general. Por último, encerraron a las reses capturadas y se pusieron a esperar.

Por la tarde, el ingeniero envió cinco rublos como indemnización; y las dos bestias de labor, el poni y el

becerro, hambrientos y sedientos, regresaron a su establo cabizbajos, como reos camino del patíbulo.

Con los cinco rublos, los Líchkov, el alcalde y Volodka pasaron el río en barca, se fueron al pueblo de Kriakovo, donde había taberna, y estuvieron de juerga largo tiempo. Se les oía cantar, y sobre todas las voces destacaban los gritos de Líchkov hijo. En la aldea, las mujeres, inquietas, se pasaron la noche en vela. Tampoco Rodión dormía.

—Mal asunto —suspiraba, volviéndose de un costado a otro—. Si se enfada el barín, cualquiera lo enmienda después… Han ofendido al barín. Le han ofendido… Mal asunto…

Una vez, varios *muzhiks,* Rodión entre ellos, fueron al bosque de la comunidad para repartirse el heno cortado, y al regreso se toparon con el ingeniero. Llevaba camisa roja y botas altas. Tras él, con la larga lengua fuera, iba un galgo.

—Buenos días, hermanos —saludó el ingeniero.

Los *muzhiks*, deteniéndose, se descubrieron.

—Hace tiempo que quiero hablar con ustedes, hermanos —continuó el ingeniero—. Desde comienzos de primavera, no pasa día que no entre su ganado en mi jardín y en mi bosque. Todo está pisoteado. Los cerdos han revuelto el prado, estropean el huerto, y en el bosque se han perdido todos los árboles nuevos. Con sus pastores no hay manera de entenderse. Les habla uno de buenas maneras, y ellos contestan con groserías. Un día y otro se meten sus animales en mis pastos. Yo no me quejo ni los multo. En cambio, ustedes se llevaron mis caballos y mi becerro; y tuve que pagarles cinco rublos. ¿Les parece bien? ¿Son modos esos de tratar entre vecinos? —prosiguió, con voz suave y persuasiva y con mirada benévola—. ¿Creen que se pueden hacer eso entre gente de bien? Hace una semana, alguno de ustedes cortó en mi bosque dos chaparros. Han levantado la carretera en *Eresnevo*, y, ahora, para pasar, tengo que dar un rodeo de tres verstas. ¿Por qué me perjudican a cada paso? Díganme, por Dios, si les he hecho algo malo. Mi mujer y yo tratamos de vivir en paz con ustedes, y ayudamos a los campesinos cuanto podemos. Ella es buena y caritativa, a nadie niega un socorro y sueña con serles útil a ustedes y a sus hijos. Sin embargo, pagan el bien con el mal. Son injustos, hermanos. Piensen lo que les digo. Les pido

que lo piensen. ¿No los tratamos humanamente? Pues páguennos con la misma moneda.

Dijo así, dio la vuelta y se marchó. Los *muzhiks* permanecieron parados un momento, se pusieron los gorros y siguieron su camino. Rodión, que nunca entendía las cosas a derechas, sino a su modo, suspiró y dijo:

—Hay que pagar. Dice que le paguemos con moneda…

Llegaron hasta el pueblo en silencio. Una vez en casa, Rodión rezó una oración, se descalzó y tomó asiento en un banco a la vera de su mujer. Cuando estaban en casa, siempre se sentaban juntos; salían juntos a la calle; juntos comían, bebían y dormían; y cuanto más viejos eran, tanto mayor cariño se profesaban. La isba era estrecha, calurosa y por todas partes había chiquillos en el suelo, en las ventanas, sobre la estufa. Pese a su edad, Stepanida seguía trayendo hijos al mundo; y, ahora, mirando a tantos niños, resultaba difícil distinguir a los de Rodión de los de Volodka. La mujer de este, Lukeria, una alemana fea, de ojos saltones y nariz ganchuda, estaba amasando harina en una artesa. Volodka, sentado sobre la estufa, tenía las piernas colgando.

—Por el camino, junto al trigal de Nikita, encontramos al ingeniero con un perro —suspiró Rodión rascándose los costados y los codos—. Dice que hay que pagar… Que hay que pagar en moneda… Tanto como en moneda no creo que sea, pero me parece que deberíamos reunir a quince kopeks por casa. Estamos abusando del barín. Y yo lo siento…

—Sin puente nos arreglábamos muy bien —gruñó Volodka, sin mirar a nadie—. Y no lo necesitamos para nada.

—¿A ti qué te importa? El puente lo paga el Gobierno.

—No lo queremos.

—Descuida, que a ti no te preguntarán si quieres o no.

—No te preguntarán… —replicó, burlón, Volodka—. Aquí nadie sale del pueblo. ¿Qué falta nos hace el puente? Y si queremos pasar el río, lo pasamos en barca.

Alguien llamó desde fuera a la ventana, con golpes tan fuertes, que parecía temblar toda la isba.

—¿Está Volodka? —se oyó la voz de Líchkov hijo—. ¡Volodka, sal y vámonos!

Volodka saltó de la estufa y se puso a buscar la gorra.

—No vayas —pronunció Rodión indeciso—. No vayas con ellos, hijo. Eres más inocente que un chiquillo, y esos no te enseñarán nada bueno. No vayas.

—No vayas, hijo —le suplicó Stepanida y parpadeó aceleradamente, señal de que se disponía a llorar—. Seguramente te llevarán a la taberna…

—A la taberna… —repitió Volodka en son de mofa.

—¡Otra vez volverás borracho, perro inmundo! —le recriminó, áspera, Lukeria—. ¡Vete, vete, y ojalá te queme el vodka las entrañas, Satanás sin rabo!

—¡Cierra esa boca! —le gritó el marido.

—Me han destrozado obligándome a casarme con este imbécil. ¡Desdichada huérfana! ¡Borracho indecente! —Se lamentó Lukeria, limpiándose las lágrimas con la

mano, llena de masa—. ¿Cuándo dejarán de verte mis ojos?

Volodka le descargó un puñetazo en la cara y se marchó.

III

Elena Ivánovna y su hijita llegaron al pueblo a pie. Habían salido de paseo. Era domingo, y las aldeanas, mujeres y mozas, estaban en la calle, ataviadas con sus vistosos trajes. Rodión y Stepanida, sentados en el porche, saludaron sonrientes a la señora y a su hija, como a personas conocidas. Por las ventanas las miraban una docena de chiquillos, embobados y curiosos. Se oía un murmullo:

—¡Ha venido la Kucherija! ¡La Kucherija!

—Buenos días —saludó Elena Ivánovna, deteniéndose; y tras un breve silencio, preguntó— ¿Qué tal viven ustedes?

—Vamos viviendo, gracias a Dios —respondió Rodión con rapidez de trabalenguas—. Ya se sabe, vamos viviendo.

—¿Qué vida es la nuestra? —sonrió tristemente Stepanida—. ¡Usted misma lo está viendo, señora!

¡Pobreza y más pobreza, paloma! Catorce personas en la familia y solo dos que lo ganen. De herreros, el nombre y nada más, porque si traen a herrar un caballo, no tenemos carbón ni con qué comprarlo. Un tormento, señora —prosiguió, con la misma sonrisa—. ¡Qué tormento!

Elena Ivánovna se sentó en el porche y, abrazando a su hija, quedó pensativa. También en la cabeza de la niña, a juzgar por su semblante, debían errar pensamientos tristes. Silenciosa, jugaba con una elegante sombrilla de encajes que había quitado de las manos a su madre.

—¡Pobreza! —repitió Rodión—. Preocupaciones. Trabajamos y nunca se le ve el fin al trabajo. Dios no nos manda lluvias… Esta vida es un infierno…

—En esta vida sufren —trató de consolarle Elena Ivánovna—. Pero en la otra serán felices.

Rodión no la entendió; y por toda respuesta tosió llevándose el puño a la boca. Stepanida, en cambio, replicó:

—Señora, palomita mía, también los ricos lo pasan bien en el otro mundo. El rico pone velas a los santos,

encarga misas, da limosnas a los mendigos. Y el *muzhik* no tiene tiempo ni de persignarse; y como él mismo es un mendigo de lo más mísero, ¿cómo va a hacer obras de caridad para salvarse? Además, cometemos muchos pecados por culpa de nuestra pobreza; las penas nos hacen ladrar como perros: no decimos una palabra buena, ¡y Dios sabe qué otras cosas hacemos, paloma! Para nosotros no hay felicidad en este mundo ni debe haberla en el otro. Con toda ella se han quedado los ricos.

Hablaba jovialmente, como si llevara mucho tiempo acostumbrada a hablar de su amarga existencia. Rodión sonrió también, satisfecho de que su vieja fuese tan inteligente y tan locuaz.

—Eso cree la gente, que los ricos son felices —repuso la señora—. Cada cual tiene sus penas. Mi marido y yo no somos pobres y disponemos de recursos, pero ¿acaso somos felices? Yo soy joven, tengo ya cuatro hijos, y los niños están siempre enfermos, lo mismo que yo, que no hago más que ir de médico en médico.

—¿Pues qué enfermedad tienes? —inquirió Rodión.

—Una enfermedad de mujer. Apenas duermo, y nunca me dejan tranquila los dolores de cabeza. Tal como estoy aquí sentada y hablando, tengo una gran desazón en la cabeza, las piernas no me sostienen, y preferiría el trabajo más duro a seguir así. Por otra parte, tampoco disfruto de calma espiritual, siempre sobresaltada pensando en los niños y en mi marido. Toda familia tiene sus penas. También nosotros tenemos la nuestra. Yo no soy de procedencia noble. Mi abuelo era un labriego humilde, y mi padre, comerciante en Moscú, también era hombre sencillo. En cambio, los padres de mi marido son ricos y de gran linaje. Querían impedirle que se casara conmigo; él no les obedeció, riñó con ellos, y este es el día en que no nos han perdonado aún. Esto causa a mi marido mucha pena, y le mantiene inquieto constantemente, pues tiene a su madre un cariño muy hondo. Yo, como es natural, también siento un gran desasosiego. Me duele el alma.

Junto a la isba de Rodión se habían reunido *muzhiks* y mujerucas que oían la conversación. Llegó Kozov y se detuvo, moviendo su larga barba caprina. Aparecieron, asimismo, los Líchkov, padre e hijo.

—No es posible sentirse feliz y satisfecho sin saberse en su sitio —prosiguió Elena Ivánovna—. Cada uno de ustedes tiene su parcela. Cada uno de ustedes trabaja y sabe para qué trabaja. Mi marido construye puentes. Eso quiere decir que cada cual ocupa su lugar. ¿Y yo? Yo no hago más que ir de un lado para otro. Ni tengo parcela ni trabajo; y en todas partes me parece que soy una extraña. Les digo todo esto para que no juzguen por las apariencias. El que una persona vaya bien vestida y cuente con medios no significa que esté satisfecha de su vida.

Se levantó con ánimo de marcharse y cogió de la mano a su hija.

—Este lugar me gusta mucho —dijo sonriente; y por su sonrisa, tímida e indecisa, podía deducirse cuán enferma estaba aquella mujer, joven y bella. Tenía la cara pálida, delgada, las cejas oscuras y el cabello claro. La hija, como la madre, era delgadita, rubia y fina. Las dos exhalaban olor a esencia.

—Me gusta el río, el bosque, la aldea… —continuó Elena Ivánovna—. De buena gana me quedaría aquí toda la vida, y creo que sanaría y que encontraría mi puesto.

Tengo un gran deseo de ayudarlos, de serles útil, de convertirme en amiga suya. Conozco sus necesidades, y lo que desconozco lo siento, lo adivino con el corazón. Estoy enferma, soy débil y probablemente me resultaría ya imposible cambiar de vida como quisiera. Pero tengo hijos. Procuraré educarlos de modo que se acostumbren a ustedes y les tomen afecto. Les inculcaré sin cesar la idea de que su vida no les pertenece a ellos, sino a ustedes. Lo único que les ruego, lo que les suplico encarecidamente es que confíen en nosotros, que vivan con nosotros en paz y concordia. Mi marido es buena persona. No lo irriten ni provoquen su enojo. Es muy sensible, incluso para las cosas más pequeñas. Y ayer, por ejemplo, su rebaño estuvo en nuestro huerto, y alguno de ustedes derribó la cerca de nuestro colmenar. Este comportamiento para con nosotros desespera a mi marido. Y les pido —siguió diciendo, con voz de súplica, cruzados los brazos sobre el pecho— que nos traten como a buenos vecinos. ¡Vivamos en paz! Bien dice el refrán que una mala paz es mejor que una buena guerra; y también se dice: «Antes que adquirir una finca adquiere un buen vecino». Les repito que mi marido es bondadoso. Si todo nos sale bien, les prometo que haremos por ustedes cuanto podamos.

Arreglaremos el camino, construiremos una escuela para sus hijos… Se lo prometo.

—Naturalmente, se lo agradecemos mucho, señora —contestó Líchkov, el padre, puesta la mirada en el suelo—. Ustedes son gente instruida y saben más que nosotros. Pero en *Eresnevo*, un *muzhik* rico, Voronov, prometió construir una escuela; también él decía: «Les voy a hacer esto y lo de más allá», pero cuando levantaron las paredes se negó a poner lo demás, y después obligaron a los *muzhiks* a costear el techo y todo lo que faltaba. Total, mil rublos. A Voronov le importa poco; para él todo es tan fácil como alisarse la barba; pero a los *muzhiks* les hace pupa el asunto.

—Aquel era un voron, y ahora nos ha salido un grajo —dijo, socarrón, Kozov, guiñando según su costumbre.

Se oyeron risas.

—No necesitamos escuela —murmuró Volodka sombrío—. Nuestros chiquillos van a la de Petrovskoie. Que sigan yendo. No queremos escuela.

Elena Ivánovna se sintió cohibida súbitamente. Palideció, se encorvó, se comprimió toda ella como si le hubiesen pasado por la cara un objeto áspero, y se marchó sin pronunciar una sola palabra más. Caminaba con rapidez creciente sin volver la cabeza.

—¡Señora! —la llamó Rodión, yéndose tras ella—. Espera, señora, y oye lo que te digo.

La seguía muy de cerca, destocado, y le hablaba con el acento de quien pide limosna:

—¡Señora, espera y oye lo que quiero decirte!

Salieron del pueblo, y Elena Ivánovna se detuvo a la sombra de un viejo serbal, junto a una carreta.

—No te enfades, señora —insistió Rodión—. ¿Por qué lo tomas tan a pecho? Ten paciencia. Espera un par de años. Vivirás aquí, aguantarás un poco, y todo se arreglará. La gente es buena, pacífica… No es mala gente, puedo asegurártelo. No hagas caso a Kozov, ni a los Líchkov, ni a mi hijo Volodka; es un zoquete, que se va con el último que habla. Los demás son buenos, aunque callen… Alguno, ¿sabes?, diría algo de buena gana,

saldría en tu defensa, pero no sabe. No le falta ni alma ni conciencia, pero le faltan palabras. No te enfades… Ten paciencia… ¡Qué le vas a hacer!

La señora miró pensativa al ancho y apacible río. Por sus mejillas corrían lágrimas. Y estas lágrimas azoraban a Rodión, también a punto de llorar.

—Tú no te preocupes —murmuraba—. Espera un par de añitos. Todo se andará: lo de la escuela y lo del camino. Pero nada de correr… Fíjate bien: para sembrar trigo en ese monte lo primero que hay que hacer es quitar los raigones y las piedras, y luego arar… Una tarea larga… Pues con la gente pasa igual: hay que estar encima un día y otro día, hasta convencerla.

De la isba de Rodión salió un grupo que echó a andar por la calle en dirección al serbal. Se oyó una copla acompañada por un acordeón. El grupo se acercaba más y más.

—¡Vámonos de aquí, mamá! —dijo la niña, palideciendo y apretujándose, temblorosa, contra el cuerpo de su madre—. ¡Vámonos de aquí!

—¿A dónde?

—A Moscú. ¡Vámonos, mamá!

La niña se echó a llorar. Rodión, totalmente desconcertado, comenzó a sudar. Sacó del bolsillo un pepino pequeño, curvo como la media luna y cubierto de migajas de pan de centeno, y se lo ofreció a la nena.

—Toma, toma… —masculló, sombrío y afable—. Toma este pepinillo y cométel o… No hay que llorar. Te pegará tu madre y se quejará de ti a tu papaíto. Toma, toma…

Siguieron ambas su camino, y Rodión se fue tras ellas, procurando decirles algo cariñoso y conveniente. Pero al ver que, aplanadas por sus pensamientos y su tristeza, no reparaban en él, se detuvo y, preservándose del sol con la mano, las estuvo contemplando largamente, hasta que las dos se ocultaron en el bosque.

IV

El ingeniero, al parecer, se tornó irritable, y en cualquier nimiedad veía un robo o una ofensa. Su portalón permanecía con el cerrojo echado incluso de día; dos guardas recorrían de noche el jardín dando golpes en una tabla, y ya no contrataban a nadie en *Obruchanovo* para trabajar en la finca. Para colmo de males, algún *muzhik*, o quizá un vagabundo de los que trabajaban en las obras, quitó a la carreta del ingeniero las ruedas nuevas, cambiándolas por otras viejas. Y al poco tiempo alguien se llevó de la finca dos bridas y unas tenazas. Comenzó a decirse en la aldea que acaso conviniera hacer un registro en casa de los Líchkov y en la de Volodka; y a poco de correr este rumor, los objetos robados aparecieron en el jardín del ingeniero. Alguien los había dejado junto a la valla.

Viniendo en grupo del bosque, los *muzhiks* se encontraron otra vez con el ingeniero. Se paró este y, sin saludar, mirando enojado ya a uno, ya a otro, dijo:

—Les he pedido que nadie recoja setas en mi bosque y alrededor de la finca, pues las necesitan mi mujer y mis hijos, pero sus mozas vienen apenas amanece y no dejan una seta. Da igual pedirles una cosa que no pedírselas. Estoy viendo que con ustedes no valen ruegos ni buen trato ni persuasiones.

El ingeniero detuvo su mirada colérica en Rodión y continuó:

—Mi mujer y yo les hemos tratado como a personas, de igual a igual. ¿Cómo nos tratan ustedes? ¡Para qué hablar! Acabaremos despreciándolos. Es el único camino que nos queda.

Y haciendo un esfuerzo por contener su ira y no soltar alguna palabra fuera de lugar, dio la vuelta y se marchó.

Al llegar a su casa, Rodión rezó una oración ante el icono, se descalzó y se sentó en el banco junto a su mujer.

—Acabamos de encontramos al barín Kúcherov —habló después de descansar un poco—. Dice que ha visto a unas cuantas mozas al amanecer… Y preguntó por qué no les llevan setas a su mujer y a sus hijos…

Luego me miró a mí y me dijo que él y su señora me van a apreciar. Poco me faltó para hincarme de rodillas delante de él, pero me dio vergüenza… ¡Dios le dé salud! ¡Señor, mándales…!

Stepanida exhaló un suspiro y se santiguó.

—Los señores son buenos, sencillos… —prosiguió Rodión su relato— «Acabaremos apreciándolos». Lo prometió delante de todos. Una ayuda para la vejez… No nos vendrá mal… Eternamente pediré a Dios por ellos… Que la Reina de los Cielos les envíe…

El catorce de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz, era la festividad parroquial. Los Líchkov, padre e hijo, se fueron desde por la mañana al otro lado del río, y regresaron borrachos a la hora del almuerzo. Después de mucho deambular por la aldea cantando y blasfemando, se pelearon y fueron a la finca a quejarse. Primero entró el padre con una larga vara de álamo en la mano. Deteniéndose indeciso, se descubrió ante el ingeniero, que se hallaba en la terraza con su familia tomando el té.

—¿Qué quieres? —le gritó Kúcherov.

—Señoría ilustrísima —empezó Líchkov, entre lloriqueos—, tenga un poco de caridad cristiana y salga en mi defensa… Mi hijo no me deja vivir… Me ha arruinado y me pega, señoría ilustrísima…

Entró luego el hijo, también descubierto y también con una vara, se paró y fijó en la terraza sus ojos ebrios y borrosos.

—No tengo por qué meterme en sus líos —replicó el ingeniero—. Vete a ver al alguacil o al comisario.

—He estado en todas partes… para quejarme… —barbotó Líchkov padre, rompiendo a llorar—. ¿A dónde voy a ir ahora? ¿De modo que puede matarme? ¿A su padre? ¿A su padre?

Alzando la mano, descargó un varazo en la cabeza de su hijo. Este levantó la suya y el golpe fue a caer sobre la calva del padre, con tanta fuerza, que la vara rebotó. Líchkov, el viejo, sin inmutarse, volvió a golpear al hijo en la cabeza. Y así estuvieron un rato, sacudiéndose varazos alternativamente, de modo que, antes que una pelea, aquello parecía un juego. Fuera, junto al portalón, había una multitud de *muzhiks* y aldeanas que miraban

al patio con caras muy serias. Habían acudido a felicitar a la familia del ingeniero con motivo de la festividad, pero al ver a los Líchkov se retrajeron y prefirieron no entrar.

A la mañana siguiente, Elena Ivánovna y sus hijos se marcharon a Moscú. Y corrió el rumor de que el ingeniero iba o poner a la venta su finca…

V

La vista se ha acostumbrado ya al puente, y es difícil imaginarse el río sin aquel. Los montones de basura y escombros que quedaron de las obras hace tiempo que se han cubierto de hierba; de los vagabundos nadie se acuerda ya; y en lugar de la *Dubinushka*, lo que se oye en el puente es el ruido del tren que pasa casi cada hora.

Ya está vendida la Nueva Dacha. Pertenece ahora a un funcionario que viene los días de fiesta con su familia, toma té en la terraza y se marcha de nuevo a la ciudad. Luce en la gorra una escarapela, habla y tose con aire de alto personaje, aunque no pasa de ser secretario colegial, y nunca responde a los saludos de los *muzhiks*.

Todos han envejecido en *Obruchanovo*. Kozov ha muerto. En la isba de Rodiónov hay más chiquillos, y a Volodka le ha crecido una larga y rojiza barba de chivo. La vida sigue siendo tan pobre como antes.

A comienzos de primavera, los *muzhiks* de *Obruchanovo* están aserrando madera. Después del

trabajo regresan a casa. Caminan despacio, el uno tras el otro. Las largas sierras se comban sobre los hombros. Refulge en ellas el sol. Cantan los ruiseñores entre los arbustos de la ribera, y trinan las alondras en el cielo. La Nueva Dacha se alza silenciosa. Está desierta, y sobre ella vuelan palomos, dorados por los rayos solares. Rodión, los dos Líchkov, Volodka, todos se acuerdan de los caballos blancos, de los pequeños ponis, de los fuegos artificiales, de la barca con farolillos, de la mujer del ingeniero, bella y elegante, que venía a la aldea y hablaba con tanta amabilidad. Parece como si nada de esto hubiera existido. Todo es como un sueño o como un cuento…

Ellos van caminando, paso a paso, el uno tras el otro. Van cansados, pensativos…

«En la aldea —piensan—, la gente es buena, pacífica, prudente, temerosa de Dios. Elena Ivánovna también era dulce, bondadosa, tímida. Hasta daba lástima mirarla. ¿Por qué, pues, no pudieron vivir con ella en buena armonía y se separaron como enemigos? ¿Qué clase de niebla les cegó, ocultando a sus ojos lo principal, y haciéndoles ver únicamente los daños en los campos,

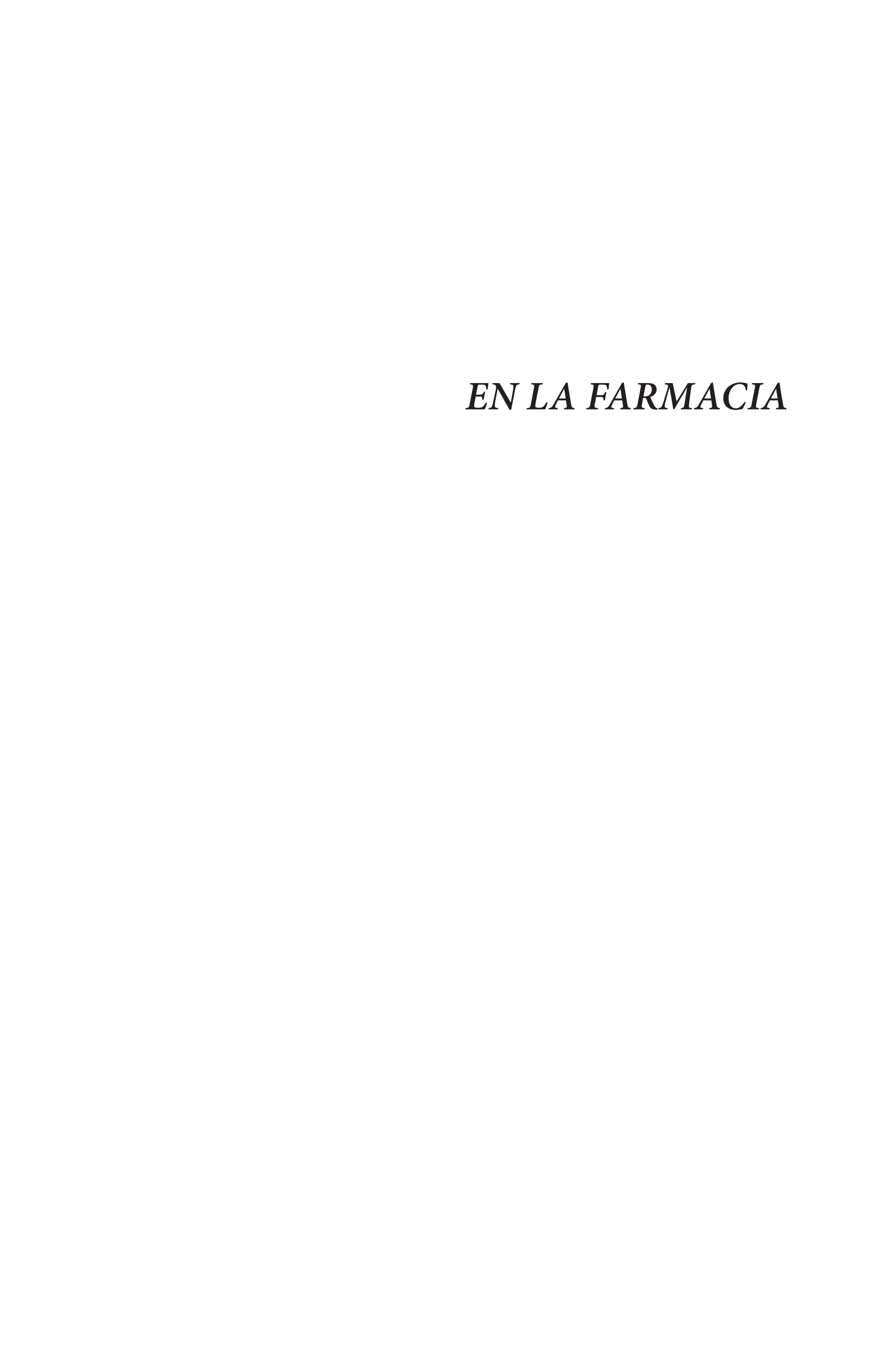
las bridas, las tenazas y otras menudencias que ahora, al recordarlas, parecen tan insignificantes? ¿Por qué vivían en paz con el nuevo propietario y no pudieron vivir con el ingeniero?».

Como no encuentran respuesta a tales preguntas, callan todos. Solo Volodka murmura algo incomprensible.

—¿Qué dices? —le pregunta Rodión.

—Que vivíamos sin puente —responde, lúgubre, el hijo—. Nos arreglábamos sin él… y no lo necesitábamos ni pedimos que lo hicieran.

Nadie le contesta. Siguen todos caminando en silencio, con la cabeza gacha.



EN LA FARMACIA

Era de noche. El maestro Yégor Alekséich Svoikin, para no perder tiempo, se encaminó directamente a la farmacia desde la consulta del médico.

«Se diría que va uno a casa de una querida de postín —pensaba mientras subía por la escalera, brillante y cubierta de ricas alfombras—. Da miedo pisar».

Al entrar en la farmacia percibió Svoikin ese olor tan peculiar de todas las boticas del mundo. La ciencia y los medicamentos cambian con los años, pero el olor farmacéutico es eterno, como la materia. Lo conocieron nuestros abuelos y lo conocerán nuestros nietos. En el interior no había nadie, por ser tan tarde. Tras un mostrador amarillo, brillante, cubierto de tarros con etiquetas, estaba un señor alto, de cabeza gravemente inclinada hacia atrás, rostro serio y cuidadas patillas. Con toda seguridad, debía ser el encargado. Comenzando por la calva y terminando por las largas uñas rosadas, todo en su figura era pulcro, impecable, como relamido; solo le faltaba una corona. Sus ojos, entornados, miraban, de arriba abajo, un periódico que yacía sobre el mostrador. Estaba leyendo. A poca distancia, tras una rejilla de alambre, se hallaba el cajero contando perezosamente

la calderilla. Al otro lado del mostrador, que separaba el laboratorio del lugar destinado al público, habían dos figuras sombrías en la penumbra. Svoikin se acercó al mostrador y entregó la receta al recompuesto caballero. Este, sin dignarse mirarle, recogió el papel, leyó hasta el punto más próximo en el periódico, y, haciendo un leve giro de cabeza hacia la derecha, murmuró:

—*Calomeli grana dúo, sacchari albi grana quinqué, numera decem*!

—¡Ja! —Se oyó en la trastienda una voz recia, de timbre metálico.

El encargado dictó una mixtura con la misma voz sorda y acompasada.

—¡Ja! —Le respondieron desde otro rincón.

Después de hacer unas anotaciones sobre la receta, el farmacéutico frunció el ceño y, echando hacia atrás la cabeza, fijó los ojos en el periódico.

—Estará dentro de una hora —pronunció entre dientes, buscando con la vista el punto donde se detuviera.

—¿No podrían hacerlo un poco antes? —murmuró Svoikin—. Mire que no puedo esperar.

El farmacéutico no respondió. Svoikin se dejó caer en un sofá. El cajero terminó de contar la calderilla, suspiró profundamente y produjo un chasquido con la llave. En la trastienda, una de las figuras sombrías se puso a trajinar junto a un mortero de mármol. Otra figura dijo algo relacionado con un frasco azul. En alguna parte resonaba el acompasado tictac de un reloj.

Svoikin se encontraba enfermo. Le ardía la boca. Un dolor intenso le laceraba brazos y piernas, y en su cerebro embotado se movían imágenes nebulosas y figuras humanas desvaídas. Veía, como a través de una gasa, al farmacéutico, la estantería llena de botes, los mecheros de gas. El monótono machaqueo en el mortero de mármol y el lento tictac del reloj no parecían sonar fuera de su cabeza, sino dentro. La debilidad y la niebla cerebral fueron apoderándose de él más y más, hasta el punto de que, al poco rato, al darse cuenta de que aquel golpeteo le mareaba, decidió entablar conversación con el boticario para darse ánimos.

—Creo que comienza la fiebre —dijo—. El doctor no me ha dado un diagnóstico seguro, pero me encuentro muy débil… Y menos mal que he enfermado aquí, porque si me agarra semejante calamidad en la aldea, donde no hay médicos ni farmacias…

El boticario se mantuvo inmóvil, leyendo con la cabeza hacia atrás. No contestó con la palabra ni con el gesto. Se creía que no había oído… El cajero bostezó ruidosamente y frotó una cerilla en su pantalón. Los golpes del mortero eran cada vez más estruendosos. Viendo que no le hacían caso, Svoikin alzó los ojos hacia los botes de los armarios y se puso a leer las etiquetas. Primero pasó revista a las más diversas raíces: genciana, pimpinela, tormentila, cedoaria y otras; después le llegó el tumo a las tinturas, a los *oleums*, a las semillas, con nombres a cual más difícil y antediluviano.

«¡Cuánto lastre innecesario debe de haber aquí! —pensó Svoikin—. ¡Cuánta rutina encierran esos botes, que se mantienen ahí solo por inercia, y al mismo tiempo, qué impresión más imponente!».

De las estanterías desvió la vista hacia un armario de cristal que se alzaba junto a él. Allí vio arandelas de

caucho, bolitas, jeringuillas, tubos de pasta dentífrica, gotas Pierrot, gotas Adelheim, jabones cosméticos, pomada para el pelo…

Entró un mozalbete con un delantal sucio y pidió diez kopeks de bilis de buey.

—Dígame, por favor, ¿para qué se emplea la bilis de buey? —Se dirigió el maestro al farmacéutico, contento de haber hallado un tema para conversar.

Como no obtuvo respuesta, Svoikin se puso a examinar la cara del boticario, rígida y con presunciones de sabio.

«¡Qué gente más rara! —dijo para sí—. ¿Por qué pondrán esas caras de científicos? Desuellan al prójimo, venden ungüentos para el cabello, y a primera vista parecen verdaderos sacerdotes de la ciencia. Escriben en latín, hablan en alemán… Se las dan de alquimistas del medievo… Cuando está uno sano, le pasan inadvertidas estas caras secas y acorchadas, pero con una enfermedad como la mía, da horror comprobar que una cosa tan sagrada haya caído en manos de este tipo insensible y frío».

Mientras contemplaba el rostro inmóvil del farmacéutico, Svoikin sintió el deseo de acostarse, pero siempre que fuese lejos de la luz, de aquella cara de sabio y del golpeteo del mortero.

Una fatiga angustiosa embargó todo su ser. Acercándose al mostrador y haciendo una mueca implorante, suplicó:

—Haga el favor de despacharme pronto… Estoy… Estoy enfermo…

—Ahora, ahora… No se apoye sobre el mostrador.

El maestro volvió al sofá y, tratando de desterrar de su mente las figuras nebulosas, se quedó mirando cómo fumaba el cajero.

«No ha pasado más que media hora —pensó—. Queda otro tanto. ¡Es irresistible!».

Pero, por fin, un dependiente pequeño y moreno se acercó al encargado, colocando junto a él una cajita con polvos y un frasco con un líquido rosáceo. El farmacéutico leyó hasta el punto siguiente, se apartó

pausado del mostrador y, cogiendo el frasco, lo agitó ante sus ojos. Hecho esto, escribió una etiqueta, la adhirió al gollete del frasco y alargó la mano en busca del precinto.

«¿Para qué tanta ceremonia? —Se dijo Svoikin—. Pérdida de tiempo y encarecimiento del producto».

Una vez que envolvió, ató y precintó la mixtura, el encargado hizo lo mismo con los polvos.

—Tenga —Se lo entregó a Svoikin sin mirarle siquiera—. Pague en caja un rublo y seis kopeks.

El enfermo se metió la mano en el bolsillo, sacó un rublo y de pronto, recordó que no tenía más dinero que aquella moneda.

—¿Un rublo y seis kopeks? —murmuró confuso—. Pues no tengo los seis kopeks. Creí que con un rublo habría bastante… ¿Qué hacer?

—No lo sé —recalcó el boticario las palabras, recogiendo de nuevo el periódico.

—En tal caso, perdone… Mañana les traeré los seis kopeks o se los mandaré…

—Imposible… No fiamos…

—¿Y qué hago, entonces?

—Vaya a su casa, traiga los seis kopeks y podrá llevarse las medicinas.

—Sí, pero… es que apenas puedo mover las piernas, y no hay a quién mandar…

—Qué le voy a hacer… No es asunto de mi incumbencia.

—¡Jmm! —Se abrumó el maestro—. Bien, iré a casa…

Svoikin salió a la calle y se dirigió a su domicilio. Hasta que llegó, se sentó a descansar cuatro o cinco veces… Cuando entró, halló sobre la mesa unas cuantas monedas de cobre y se sentó en la cama fatigado. Una fuerza desconocida le empujaba la cabeza hacia la almohada. Se acostó pensando reposar un par de minutos. Las imágenes nebulosas y las figuras embozadas comenzaron

a entorpecer su mente… Recordó durante un buen rato que necesitaba ir por las medicinas, y trató de levantarse, pero la enfermedad se impuso. Las monedas de cobre rodaron de su mano, y el desdichado maestro soñó que ya había ido a la botica y que estaba nuevamente hablando con el farmacéutico.

“Una súbita alegría agitó su alma, e incluso tuvo que pararse para recobrar el aliento...

Colección
Lima Lee

